

VENEZUELA, REPETICIONES Y RUPTURAS

Luis Ugalde

Si quisiera decir algo significativo de cada uno de los 19 distinguidos autores, necesitaría más de hora y media, a 5 minutos por autor. Por un lado demasiado largo y abuso de la paciencia de todos ustedes y, por otro, demasiado corto y falta de respeto a los autores inteligentes y especializados que han dedicado muchos años de vida y muchas horas de reflexión a su tema. Además María Ramírez Ribes hace una excelente introducción de 15 páginas con la idea central de cada autor. Por eso me limitaré a compartir con ustedes la resonancia que ha tenido en mí lo que dicen los autores, con la invitación a leer sus reflexiones, pertinentes y ricas en matices.

Los autores comparten implícitamente un enfoque común y se mueven dentro de un consenso básico. Se proponen buscar la reorientación del país, reconciliado a fin de alcanzar una Venezuela sostenible, social, económica y ambientalmente; entendiendo por sostenible, capaz de garantizar una vida digna y de calidad a las futuras generaciones. El consenso básico es que, en el último cuarto de siglo, no estamos haciendo bien las cosas y cada vez el deterioro es mayor. De ahí surge la **identificación de tareas** nacionales básicas y los **cambios en el sujeto social para hacerse** capaz de llevarlas a cabo exitosamente.

En los años de nuestros estudios universitarios en los sesenta, en Venezuela todo era proyectos, planes, diseños de futuro. La movilidad social ascendente y la esperanza eran generales. Quienes estaban en formación sabían que el país esperaba su creatividad y les ofrecía grandes oportunidades. Ahora la sensación es contraria y el país carece de rumbo y de oportunidades. La defensa de la vida, la inclusión de los hoy marginados y la convivencia de calidad aceptable, pueden despertar la emoción ética y la pasión necesaria para poner en práctica acuerdos sociales imprescindibles.

Escrito desde la reconstrucción

Los aportes no están hechos desde la neutralidad, tan imposible como indeseable, sino desde convicciones y esfuerzos por encontrar salidas a un país que viene deteriorándose en los últimos 24 años, sin que los remedios ensayados hayan frenado la caída continua.

La reconstrucción exige evitar las generalidades y no presentar como soluciones los factores causantes del problema. Para reconstruir necesitamos sumar fuerzas hoy enfrentadas, acordar prioridades y estrategias básicas y dotarlas de suficiente emoción colectiva para mover sacrificios, que sólo valen la pena si conducen a la vida digna de la mayoría de venezolanos.

Buscando algunas claves en la historia **Rafael Arraiz Lucca** nos recuerda que **lo civil** quedó **opacado** en la memoria venezolana del siglo XIX. Celebramos las hazañas de los fundadores militares o de civiles militarizados. Incluso la celebración de algo tan desarmado y civil como el Acta de la Independencia el 5 de julio, lo hemos traducido en desfile militar. Nos recuerda que hasta la Generación del 28, a un siglo del nacimiento definitivo de la República venezolana, no hay un proyecto democrático serio y sostenido.

Este proyecto democrático dio frutos notables y luego empezó a retroceder. Coincide con Marco Tulio Bruni Celli en que los partidos que se gestaron en la agonía del gomecismo abrieron el espacio civil y democrático hasta que se agotaron y distanciaron de la población. El intento de 1989 por revitalizar la democracia con la descentralización y la elección directa de gobernadores y alcaldes, quedó inconcluso mientras el antipartidismo y la antipolítica juntaba la esperanza de los pobres y el deseo de castigo a los partidos con viejos demonios decimonónicos. Arraiz Lucca considera con razón que ahora *“cualquier reconstrucción de la democracia en Venezuela pasa por el reconocimiento de una realidad ya incontrovertible: la descentralización política y administrativa”* (p.29). Así mismo tenemos que superar *“la preeminencia del Estado por sobre todos los otros factores de la sociedad”* (p.30). Un Estado, cuyo pésimo funcionamiento se ha convertido en fuente central de las frustraciones de los venezolanos de todos los sectores.

Marco Tulio Bruni Celli reivindica a los partidos y sus 40 años de hegemonía con una defensa que consideramos justa y oportuna. La democracia fue obra de los partidos, pero ellos la llevaron a la agonía; una profunda renovación de los mismos ayudará a reavivarla. Son cuatro las fallas fundamentales que señala el autor: poca institucionalización dentro de cada partido, fallo en la creación de cultura democrática nacional, aislamiento de la sociedad y corrupción en sus gobiernos. Todo esto alentó en los noventa la antipolítica y el antipartidismo. El clima de rechazo era tal que la Constitución de 1999 no reconoce la existencia de los “partidos”. Sin recuperación de los partidos, no se recuperará la democracia.

María Ramírez Rives comparte con los lectores algunos señalamientos sobre la “mentalidad venezolana” que necesitamos superar. Quiero recoger solamente dos: **“la predisposición a la retórica”** que tiende a cubrir con palabras la falta de acción y la **carencia de una cultura instrumental** con ordenamiento de medios apropiados para lograr las metas deseadas y con cálculo y medición de logros.

María Sol Pérez Schael señala algunos obstáculos para el éxito necesario: **la carencia de instituciones con efectivos logros de bienestar y de justicia, la ilusión legalista** que con el cambio de leyes espera transformar la realidad y la **democracia iliberal** reinante que busca la acumulación del poder de un grupo hegemónico en lugar de establecer los límites del poder para permitir que los distintos construyamos el espacio y la casa común: La República.

Mercedes Pulido se pregunta sobre la ingobernabilidad y señala agudamente que la democracia tiende a exponer las demandas tanto por el lado de la gente como también por parte de los candidatos que con promesas electorales buscan apoyos. De ahí que una vez en el gobierno la brecha entre las demandas y las respuestas lleve a la frustración y a estados de ingobernabilidad recurrentes, como ocurre en varios países latinoamericanos. La necesidad de sincerar ética y política y de cambiar la cultura política de la población es algo que atraviesa toda América Latina.

Ruth Capriles, desde la experiencia de Veedores, señala un camino de ciudadanía en acción. Es consciente de nuestra carencia tradicional del “asociacionismo”, que Tocqueville tanto apreció en la democracia norteamericana, alimentado en las prácticas básicas de las

comunidades y de la Comuna. La actual movilización ciudadana en Venezuela pudiera ser el comienzo de la corrección. Ruth, con razón, observa que ésta ahora brota con fuerza y espontáneamente ante la **amenaza**. El reto está en pasar de la resistencia a la ciudadanía creadora de soluciones duraderas, cuando no haya amenazas. Al mismo tiempo la ciudadanía movilizadora tiene el reto de reconocer y valorar la política imprescindible y negociadora, frente a emociones radicales y excluyentes.

Karl Krispin concentra su lupa crítica en la historia intensa que va de 1992-2002 con la notable incapacidad de corrección en los partidos y la cadena de errores que llevaron a los políticos tradicionales a la enajenación de gran parte de la población. Luego se implanta la polarización excluyente de la llamada V República, que se nutre con una confrontación que, a su vez, le impide gobernar con éxito. El “con nosotros o contra nosotros” termina enajenando a gran parte del país y sembrando la crispación. La sensación de crisis continua es poco deseable para la labor constructiva de cualquier gobierno.

Marcelino Bisbal se hace preguntas exigentes sobre la “massmediación” (valga el neologismo) de la política en el mundo actual. Esto trae nuevas responsabilidades y retos a los medios y a los comunicadores. Los medios tienden a exacerbar las denuncias y las aspiraciones, lo que puede hacer más difícil su papel en la reconstrucción y en la socialización hacia políticas capaces de producir soluciones. Bisbal toma nota del brutal enfrentamiento actual entre los Medios y el Presidente que, de durar, puede traer funestas consecuencias y nos plantea además las siempre candentes preguntas: ¿A quién sirve el comunicador?; ¿cómo se combina el carácter de servicio público y de servicio mercantil de los MCS?

Hay un consenso implícito en que para producir la República que necesitamos, los venezolanos tenemos que hacernos más ciudadanos. En este tema, Axel Capriles sugiere una hipótesis **“el individualismo anárquico es uno de los dominantes del carácter social venezolano”**. Él parte de la apreciación positiva del individualismo para la creatividad económica y ciudadana, pero un individualismo con civismo solidario que refuerza las reglas comunes convertidas en pautas de las conductas personales. En contraposición, el individualismo anárquico sería el que no se somete a nadie ni a nada, cultiva un “absolutismo personal” para el cual las reglas comunes serían obstáculos que hay que vencer o evadir con viveza.

Todo ello nos lleva a la necesidad de una ambiciosa agenda de educación ciudadana en la que abundarán más Víctor Guédez y Gustavo Coronel. Hidrocarburos y conciencia, rentismo y populismo, son expresiones que nos llevan a conectar la mentalidad ciudadana y productiva con el hecho de estar marcados durante ochenta años por la cultura de la renta petrolera en la vida económica y política. La renta abundante creó la ilusión de llegar a la Gran Venezuela sin necesidad de elevar los bajos niveles de “capital social intangible” que es conformado por la confianza, la asociatividad y capacidad de producir sinergia, la conciencia cívica y la conducta ética. Más bien en los últimos 25 años, justo desde el desquiciamiento de la “Gran Venezuela”, se ha producido en Venezuela un descenso de “capital social intangible”. Ello, dirá Gustavo Coronel, va de la mano de la cultura rentista y populista que durante 20 años ha traído un fuerte incremento de la pobreza. En los últimos 4 años, intencionalmente centrados en la superación de la pobreza, se ha agravado la misma, demostrando que no bastan las buenas intenciones para producir buenas soluciones. Los

programas sociales actuales –dice Coronel- agravan la pobreza, pues no son hechos **con** las comunidades, sino **para** las comunidades.

Para revertir este camino de perdición es necesario promover capacidades y oportunidad de ser productores, lejos de toda dádiva y promesa populista. No se trata principalmente de distribuir una riqueza supuestamente existente en abundancia, sino de crearla y de producirla de manera más repartida entre los venezolanos; aunque siempre será necesario el papel de redistribución de las políticas públicas.

Coronel considera que se requiere un esfuerzo del Estado, secundado por toda la sociedad, en educación ciudadana formal e informal. Esto requiere una estrategia nacional de 10 ó 15 años con visión global y ética colectiva. Un programa masivo, perseverante y sistemático para pasar **del buen ciudadano pasivo** –que podría ser el 40% de la población (que no ensucia)- **al buen ciudadano activo** (que limpia), que hoy no superaría el 15% de la población.

Hoy Venezuela es urbana y los espacios de la ciudad demuestran que el ambiente urbano no es ambiente humano, sobre todo para las mayorías pobres, nos dice Carlos Gómez de Llarena. Dejamos de lado el modelo común colonial que trazó 1200 ciudades americanas con ordenanzas españolas en cuyos espacios lo público y lo privado se encontraban y alimentaban mutuamente. El Estado y los cabildos permitían que la gente creciera “*desde adentro, porque era su ciudad*”. Cuando uno lee esto por ejemplo desde La Vega actual, con un núcleo urbano tradicional acogedor y equilibrado, desbordado después de 1958 por el crecimiento anárquico, inhumano, sin trazados, ni espacios públicos, no tiene más remedio que coincidir en que hay que reurbanizar los barrios, rescatando lo público donde sea posible encontrarse.

Arnoldo José Gabaldón aborda la sustentabilidad ecológica como apoyo duradero a la vida. En los años cincuenta y sesenta hubo serios esfuerzos con mirada de mediano y largo plazo, con equipos de trabajo como los del MOP, Corporación de Guayana o COPLANARH que miraban el cuidado y desarrollo de los recursos naturales del país.

Hoy prevalecen las amenazas y debemos rescatar el sentido ético que tiene la defensa de la vida de los venezolanos de mañana. Más allá de denuncias ecologistas momentáneas y de voluntarismos, requerimos una eficaz ordenanza territorial, estrategias, sentido de solidaridad con las futuras generaciones y cultura y educación sistemática de la población.

Nada de esto es posible sin un nuevo enfoque del modelo económico, sin consensos básicos sobre el determinante papel del petróleo y sobre una radical elevación de la capacidad emprendedora y ciudadana de los venezolanos. Todo ello supone un nuevo equilibrio entre sociedad y Estado con elevación de los aportes de ambos y redefinición de su papel.

Simón Molina Duarte nos presenta los logros y limitaciones de la política de sustitución de importaciones llevada de 1959-1989. Los obligados cambios de liberalización que se intentaron luego con consensos académicos, pero no sociales y políticos, trajeron algunos éxitos significativos, pero también resistencias y conflictos que los abortaron.

Por otra parte la globalización actualmente es una realidad ineludible que deja en ridículo todo sueño autárquico o de soberanía decimonónica. Sin embargo, se paga caro toda ingenuidad y unilateralidad frente a la globalización o a la ideologización neoliberal. Se requieren complejos cambios internos para el éxito en el duro y despiadado mundo globalizado, sobre todo para asegurar el empleo y la actividad emprendedora de los venezolanos y una mayor capacidad negociadora externa, tanto de nuestras asociaciones regionales, como del ALCA o de las relaciones con la Comunidad Europea.

Quirós Corradi considera que todos estos retos pueden y deben afrontarse con un cambio significativo en la política petrolera nacional. Considera que ahí está la clave y debemos pasar de la utilización del petróleo para concentrar ingresos en el Estado y luego distribuirlos, a la conversión de todos los venezolanos en accionistas indirectos de PDVSA. Esa es la estrategia clave para desarrollar el mercado de capitales con ahorro nacional y para abordar la imprescindible **diversificación**. Diversificación económica sólo posible si se diversifica la propiedad de los recursos naturales. De ahí nace la generalización de **ciudadanos-propietarios**, lo que significa la diversificación de oportunidades.

Para José Luis Cordeiro la estatización petrolera en 1975 fue un grave error que produjo el trágico descenso sostenido del PIB real y el empobrecimiento a lo largo de los 25 años últimos. También para él la entrega del petróleo a los venezolanos y la redefinición del Estado y de sus responsabilidades básicas, llevarán a incrementar la economía privada y al financiamiento estatal de la demanda educativa y de salud, sin que ello implique gestión estatal de los centros que ofrecen los servicios correspondientes.

No tenemos duda de que sin una floreciente empresa privada no hay futuro para Venezuela. Sin empleo no hay posibilidad de superar la pobreza ni de recuperar la gobernabilidad. Sin embargo, como nos recuerda Antonio Francés, la empresa entre nosotros está en “situación de sospecha” y, diría yo, que también en suspensión y espera.

El autor hace un recuento de la expansión de la empresa hasta 1978 y de la disminución del rendimiento del capital desde esa fecha para llegar a la actual reducción de la empresa privada nacional a niveles de 1950.

Señala una serie de políticas para que el Estado estimule el crecimiento de la empresa privada y apoye y dirija las fuerzas del mercado.

Finalmente Simón Alberto Consalvi aborda el retorno de los militares a la política y la necesidad de un claro diálogo entre civiles y militares sobre este grave punto. El signo dominante del siglo XIX son las guerras civiles y los gobiernos militares. El régimen democrático de civiles desde 1958 se esmeró en capacitar como nunca antes a los militares, pero en los últimos 4 años volvimos al siglo XIX. El militarismo es fuente de corrupción y de arbitrariedad antidemocrática. Por eso, concluye Consalvi, “*es urgente rescatar el apoliticismo de las Fuerzas Armadas, y en esto, los civiles estamos obligados a prestar toda nuestra contribución, tanto en el debate como en nuestra conducta. Ésta es una de las grandes prioridades de esta hora venezolana*” (p.307).

Considero deseable que los venezolanos fuéramos capaces de aprender y discutir críticamente la actual realidad como leyó la de Nicaragua el ex vicepresidente sandinista Sergio Ramírez en “Adiós Muchachos” de manera que mantengamos la pasión por superar la pobreza al tiempo que desechamos algunas vías que una vez más se muestran estériles.

” El doctor Emilio Álvarez Montalbán, el más respetado de los ideólogos conservadores de Nicaragua, dijo una vez, cuando ya habíamos sido derrotados en las elecciones de 1990, que el sandinismo había traído por primera vez a la cultura política nicaragüense la sensibilidad por los pobres.

Ésta es, en verdad, una de las herencias indelebles de la revolución, más allá de los espejismos ideológicos que nos deslumbraron entonces, de los excesos burocráticos y de las carencias del marxismo practicante, de la inexperiencia y de las improvisaciones, de las poses, las imitaciones y la retórica. Los pobres siguen siendo la huella humanista del

proyecto que se fue despedazando por el camino, en su viaje desde las catacumbas hasta la pérdida del poder y la catástrofe ética; un sentimiento soterrado o postergado, pero de alguna manera vivo.

Al identificarse con los pobres, la revolución fue radical en el sentido más puro, y bajo su ánimo de justicia, capaz de las mayores ingenuidades y arbitrariedades, perdiendo muchas veces la perspectiva de lo que era posible y lo que apenas podía ser deseable, o lo justo”(p.225).

Ojalá que el justo lugar digno de los pobres en la democracia venezolana sirva de inspiración para que juntos lo hagamos posible.

Caracas 23 de abril de 2003